

NACHO CARRETERO
EN EL CORREDOR
DE LA MUERTE

O-L31274
IBAR, PABLO M



ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

En el corredor de la muerte

Dedicatoria

Nota del autor

Capítulo 1. Pelotari

Capítulo 2. La mañana de Miramar

Capítulo 3. «Te tengo»

Capítulo 4. Se me acabó la vida

Capítulo 5. El corredor de la muerte

Capítulo 6. Caer y levantarse

Capítulo 7. La onda expansiva

Capítulo 8. Tanya

Capítulo 9. La luz

Agradecimientos

Encarte fotográfico

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:





Sinopsis

Nacho Carretero lleva años investigando el caso de Pablo Ibar y manteniendo contacto, en persona y por correspondencia, con él y sus familiares. Ha estado en Estados Unidos visitándolo en la cárcel. Tiene información de primera mano sobre todo lo que aconteció y acontece en la actualidad con su condena. Este libro es la crónica novelada (siempre basada en la realidad) de cómo una persona es acusada de triple asesinato cuando siempre se ha declarado inocente y nunca se han aportado pruebas concluyentes.

El libro no emite ningún juicio ni se pone del lado de nadie: expone los hechos en una narración fantástica.

NACHO CARRETERO

EN EL CORREDOR DE LA MUERTE



*A Carlos Luaces, quien, como hacen
siempre los mejores, se fue.
Aunque jamás te olvidaremos.*

*A Martín y Carlota, su brillante y maravi-
lloso recuerdo.*

Nota del autor

Mi historia con la de Pablo Ibar arrancó cualquier día del año 2012, cuando el entonces subdirector del *Diario Qué!* (extinto periódico en el que trabajé varios años), Antonio Olivé, me propuso hacer una entrevista a una mujer cuyo marido era un español que estaba en el corredor de la muerte de Florida. Aquella mujer se llamaba Tanya y mi misión era llamarla para hacerle una entrevista.

Fue por teléfono. Admito que encaré el encargo con algo de desinterés. Pero a medida que la conversación avanzaba, el asunto empezó a llamarme la atención. Eran tantas y tan interesantes las vueltas de aquella historia que abrí los ojos y me propuse conocer más.

Al cabo de unos meses, y gracias al entonces director general Daniel Estremera, el periódico nos permitió a mí y a mi compañero Emilio Navarro viajar a Florida para entrevistar personalmente a Pablo en el corredor.

En aquella primera visita charlamos durante una hora con él separados por una mampara de vidrio. Después, Tanya, su mujer, y Alvin y George, sus suegros, nos acogieron en su casa, donde pasamos la noche. Desde aquel encuentro nunca he dejado de estar en contacto ni con Pablo, a través del correo postal —desde hace años solo uso los buzones para enviar cartas a Pablo—, ni con Tanya, a través del más moderno teléfono móvil.

A Pablo le encanta recibir noticias de España y poder leer qué está pasando, cuál es la actualidad. Para él tiene una importancia añadida mantener un vínculo vivo con el exterior. Así que, en cada carta, he intentado aportar mi granito de arena.

Un año más tarde Emilio y yo regresamos al corredor, esta vez como *freelances* para un reportaje en la revista *XL Semanal*. En aquella ocasión nos permitieron sentarnos a charlar con Pablo sin cristal de por medio, aunque él tenía que ir engrilletado. Solo una hora en el corredor de la muerte basta para hacerse una ligera idea de lo que puede suponer para una persona pasar ahí dentro dieciséis años: es frío, es gris y las puertas hacen un eco metálico y desagradable al abrirse. Cuando la charla acabó, Pablo nos miró serio, resopló y se lo llevaron a su celda de vuelta.

Volví a ver varias veces más a Tanya y a su familia. Compartí incluso un rato del banquete de la boda de su hermana en Nueva York, una noche de nieve y frío. También padecí el sol de Miami para hablar con los abogados de Pablo, con sus hermanos y con su padre, Cándido. A Cándido, histórico pelotari vasco, lo volvería a ver varias veces más en Madrid, por donde pasa más o menos a menudo en busca de ayuda y apoyos para su hijo.

De todas estas charlas, cartas, conversaciones y entrevistas es de donde sale este libro. No es falsa modestia: mi labor aquí es la de un mero narrador que traslada los pensamientos, vivencias y sensaciones de los protagonistas de esta historia. No hay una palabra al azar, un adjetivo de más. Todo lo que se describe en este libro proviene de la boca de sus protagonistas. No hay adornos, si acaso algún giro o metáfora. Pero nunca el narrador —es decir, yo— osa meterse en la mente o en los sentimientos de unos personajes que, en este caso, son personas.

La historia, por lo demás, se basa en hechos. A excepción del capítulo dos. En este capítulo se describe lo que ocurrió la madrugada de los asesinatos por los que Pablo fue condenado teniendo como base la versión de este. Que es un hecho también, aunque pendiente de que el juez lo considere demostrado.

El libro —ya terminé— no tiene otra pretensión que narrar, de forma concisa, una historia. Una de tantas historias rocambolescas, injustas, asombrosas que pululan por el mundo. Si acaso, sirva la narración como homenaje a Tanya

y a Cándido, mujer y padre de Pablo. Porque pocas veces en mi vida he encontrado dos corazones de tal tamaño y dos luchadores de tal fuerza. Dos personas, opino, ejemplares. Para ellos y por ellos es esta historia.

CAPÍTULO 1

PELOTARI

«Yo era más alegre, reía más. Tenía sueños, quería ser un pelotari como mi padre, tener una familia, estar con mi mujer. Y ahora no sé si voy a tener vida. No sé. No tengo confianza. No sé lo que es vivir. Nosotros estamos vivos, pero no estamos viviendo. Es difícil explicar lo que pasa aquí dentro. Es un mundo dentro de otro mundo. Solo somos un número. Esa es la diferencia, antes yo era alguien, ahora no soy nadie. Este sistema me ha robado todo, hasta mis sueños.

»No conozco el mundo que se abre tras estas rejas. No sé lo que es entrar en internet, usar un teléfono móvil o conducir un coche nuevo. Mi concepción del mundo ha cambiado. Ahora entiendo que hay cosas que no importan: tener el mejor trabajo, el coche más nuevo, la casa más grande o toda la ropa del mundo. Cuando uno pierde todo, se da cuenta de que, en la vida, lo importante son los momentos que tú tienes con la gente que de verdad quieres».

En los sanfermines de 1968, Cándido y José Manuel Ibar —más conocidos como los hermanos Urtain, debido al nombre del caserío vasco en el que nacieron y crecieron— llegaron a Pamplona. Estaban convocados para participar en dos exhibiciones de levantamiento de piedra y de cortar troncos.

Los Urtain eran atletas. Cándido jugaba a cesta punta y José Manuel estaba a punto de debutar como boxeador profesional. Nunca dejaron, en paralelo, de levantar piedra como había hecho toda la vida su padre: de él cuentan que murió tras un sobreesfuerzo en una apuesta por ver quién levantaba más peso.

Llegaron los hermanos por la mañana a Pamplona y formaron parte de la primera exhibición del día, retransmitida en directo por la televisión. Mientras Cándido levantaba piedra, su hermano, subido a un tronco, la emprendía a hachazos contra la madera. Tras el esfuerzo, se fueron a comer y durmieron la siesta bajo unos árboles con lo puesto.

A la mañana siguiente madrugaron para correr el encierro. No delante del toro, pero sí a un lado, como suele recordar el propio Cándido. A las doce, nueva exhibición, esta vez con los roles intercambiados. Ocurrió entonces lo inesperado: José Manuel se desfondó. No había en ningún pronóstico. El mayor de los Urtain era uno de los mejores levantadores. Llegó a levantar bloques de doscientos cincuenta kilos y se hizo con un récord al alzar ciento noventa y dos veces una piedra de cien kilos. Tuvo que darle el relevo Cándido, que dio la talla y salvó la honra de los Urtain aquella mañana.

Fue en aquellos sanfermines la última vez que ambos compitieron juntos. Un mes después, José Manuel debutó como boxeador profesional en el campo de fútbol de Ordizia frente al cántabro Johny Rodri. Lo tumbó en diecisiete segundos. De ahí a la gloria: veintisiete victorias consecutivas por KO y mudanza a Madrid. En la capital entrenaba Urtain en un gimnasio de la calle Amor de Dios, en el hoy conocido como Barrio de las Letras. Recuerda un taxista madrileño que se ejercitaba con él que el vasco era una roca. Desafiaba a los jóvenes madrileños a hacer flexiones con dos dedos o a intentar noquearlo en asaltos de tres contra uno. José Manuel llegó a pelear en Wembley contra Henry Cooper, que meses atrás se había medido al mismísimo Mohamed Ali. Su brillante ascenso también precipitó su caída: en 1992, alejado de los focos que antaño le buscaban para hacer anuncios de Soberano, se dejó caer desde un décimo piso del Barrio del Pilar. José Manuel heredaba el maleficio de los Urtain.

También, tras los sanfermines, hubo cambios para Cándido. Llevaba cinco años como pelotari profesional. Había debutado en 1963 en Barcelona, el mismo día que en Dallas asesinaban a John Fitzgerald Kennedy. Cándido competía en los mejores frontones de Euskadi: Legutio, Zumaia, Markina, Gernika... Pero el dinero, el dinero de verdad, estaba fuera. La emigración vasca había exportado la pelota a Estados Unidos y Filipinas, donde su popularidad movía miles de dólares y llenaba recintos. Meses después de aquel verano pamplonés, Cándido recibió una oferta para ir a jugar al frontón de Cebú, en Filipinas, uno de los mayores del mundo.

Junto con Cándido, varios pelotaris más firmaron sus nuevos contratos. Entre ellos se encontraba Manuel Larrañaga, un jugador de Alegia de Oria. Cándido y él se hicieron conocidos en el frontón de Markina y hacían ya planes para instalarse en Filipinas. Surgió, a última hora, un pequeño conflicto político interno que hizo que Cándido no pudiese viajar aun teniendo ya todo firmado y hasta las vacunas puestas. Sí se fue Manuel. Y allí, en Cebú, conoció a su